



EL BAILE DE LOS SOLTEROS

Pierre Bourdieu

Editorial Anagrama, Barcelona, 2004, 258 pags.

Este es el último libro preparado por P. Bourdieu antes de su muerte en el año 2002. Fue publicado en Francia dos meses después de su fallecimiento.

El libro consta de tres partes que corresponden a tres artículos, resultantes de sus investigaciones y elaboraciones teóricas sobre las relaciones entre los sexos y estrategias matrimoniales.

La primera parte, la más extensa del texto, titulada “Celibato y condición campesina”, esta compuesta de cuatro capítulos “El sistema de los intercambios matrimoniales en la sociedad de antaño”, “Contradicciones internas y armonía”, “La oposición entre el pueblo y los caseríos” y “El campesino y su cuerpo”.

La primera parte está dedicada a examinar “ese enigma social que es el celibato de los primogénitos en una sociedad conocida por su apego furibundo al derecho de primogenitura” (p.129), cuestión que formuló a través de la pregunta siguiente: ¿por qué paradoja el celibato masculino puede representar para los propios solteros y para su entorno el síntoma más relevante de la crisis de una sociedad que, por tradición, condenaba a sus segundones a la emigración o al celibato? (p.15). Mediante un trabajo de investigación, efectuado en un pueblo de la región Bearne, va desentrañando la verdad que se encuentra oculta por apariencias. Indaga las formas a través de las cuales las reglas estrictas que regían el matrimonio, que comprometía el futuro de la tradición familiar, tenía como primera función asegurar la continuidad del linaje sin comprometer la integridad del patrimonio. El matrimonio, dice Bourdieu, era ocasión de una transacción económica de la máxima importancia, porque contribuía a reafirmar la jerarquía. En consecuencia, era un asunto que competía a todo el grupo más que al individuo: “La familia era la que se casaba y uno se casaba con una familia” (p.21).

La obligatoriedad de mantener el patrimonio mediante reglas matrimoniales estrictas lleva a Bourdieu a examinar el papel de la primogenitura, la dote y la lógica del matrimonio para los hombres y las mujeres. En todos los casos son los padres los custodios del patrimonio que hay que salvaguardar y aumentar, sin

importar sacrificar, cuando sea necesario, los sentimientos en aras del interés. No era infrecuente, indica Bourdieu, que los padres se encargaran de hacer fracasar proyectos matrimoniales, pudiendo desheredar al primogénito que se casara contra su voluntad.

La primogenitura entendida como el imperativo de salvaguardar el patrimonio significaba igualmente de la stirpe. El derecho de primogenitura, que podía favorecer a mujeres y hombres, - sin que ello significase igualdad de sexo porque los valores culturales daban primacía a los varones-, “sólo cuando hay únicamente hembras, para desespero de los padres, o bien cuando el primogénito se ha marchado, se instituye como heredera” (pp. 24-25). Se prefiere que sea un hombre porque así se asegura la continuación del apellido y porque se consideraba que un hombre estaba mejor capacitado para dirigir la explotación agrícola.

Con relación a la primogenitura, Bourdieu destaca, entre otros, dos aspectos de interés. Por un lado, que las reglas que rigen los intercambios matrimoniales cumplen con su función primera de garantizar que el patrimonio se mantenga y transmita en su integridad y que la continuidad del linaje puedan ser garantizados indistintamente por un hombre o una mujer, puesto que el matrimonio entre un segundón y una heredera cumple esa función exactamente igual que el matrimonio entre un primogénito y una segundona” (p.25). y luego, por otro lado, Bourdieu pudo determinar que cuando el heredero o heredera abandonan la casa y la tierra, pierden su derecho de primogenitura, porque ésta es inseparable de la dirección efectiva de la hacienda. De este modo, agrega, se pone de manifiesto que ese derecho no está vinculado a una persona concreta, hombre o mujer, primogénito o segundón, sino a una función socialmente definido, de manera tal que el derecho de primogenitura no es tanto un derecho de propiedad como el deber de actuar como propietario (p.25).

La dote (l'adot) es otra forma a través de la cual se expresa la autoridad de los padres que custodian el patrimonio que hay que cuidar y aumentar, y tenía, anota ese autor, tres funciones: en primer termino, la dote pasaba a formar parte o integrarse al patrimonio de la familia fruto de ese matrimonio; luego, en segundo lugar, por la dote aportada, la familia garantizaba los derechos de uno de los suyos en el nuevo hogar, y cuanto más elevada era la dote, más asegurada quedaba la posición del cónyuge sobrevivido (“aquel o aquella que aporte considerable entra como “amo” o como “ama” en el nuevo hogar”), lo que provocaba a la vez la renuencia a aceptar una dote demasiado elevada (p.35); y en tercer término, el matrimonio es algo que está por encima de aspectos económicos, como valor en sí, pero al mismo tiempo hay aspectos económicos que hacen que el matrimonio sea algo verdaderamente serio: “En el momento de crear un nuevo “hogar” la



transacción económica sancionada mediante capitulaciones asume a la vez el papel de compromiso y de símbolo de carácter sagrado de las relaciones humanas instauradas por el matrimonio” (p. 35).

Por todo lo anterior y por los imperativos económicos, Bourdieu observa que una lógica del intercambio matrimonial no es exactamente idéntica para los hombres que para las mujeres y que posee una autonomía relativa, porque se presenta como el punto donde se cruzan la necesidad económica e imperativos ajenos al orden de la economía, concretamente, aquellos que resultan de la primacía otorgada a los varones, por el sistema de valores: “las diferencias económicas determinan imposibilidades de hecho, y los imperativos culturales, incompatibilidades de derecho”) (p.38).

En el capítulo segundo (“contradicciones internas y anomia”), el autor se preocupa de determinar los factores que incidieron en la transformación del sistema de los intercambios matrimoniales. Considera que este sistema comenzó a tambalearse cuando se resquebrajó la institución de la dote, lo que habría sido provocado por la inflación que siguió a la Primera Guerra Mundial. El disparado alza de los precios y de los bienes raíces devaluó a la dote o hizo imposible pagar dotes en proporción al valor que adquirieron las haciendas. Para los matrimonios las dotes cada vez contaron menos y cada vez se les concedió menos importancia. (p. 65).

Así, dice Bourdieu, la dependencia de los intercambios matrimoniales respecto a la economía cambia de forma: en vez de la posición en la jerarquía social definida por el patrimonio agropecuario será entonces mucho más la condición social, y el estilo de vida que lleva aparejado, lo que determina el matrimonio. Junto al debilitamiento de la base económica se produce una profunda transformación de los valores. Ahora la autoridad de los mayores, que se basaba, en última instancia, el poder desheredar, se debilita, en parte debido a la influencia de la educación y de las ideas nuevas. (“Los padres que han pretendido manifestar su autoridad amenazando a los hijos con desheredarlo han provocado la dispersión de su familia, pues los jóvenes emigran a la ciudad. Y eso es cierto, sobre todo por lo que se refiere a las chicas, que ante estaban encerradas en casa y se veían obligadas a aceptar las decisiones de sus padres. “¿cuántas chicas hay hoy en día que se quedan en casa? ni una...””) (p.65).

Resulta, entonces, que, por una parte, el debilitamiento de la autoridad paterna y la apertura de los jóvenes a nuevos valores privaron a la familia de su papel de intermediario activo en la conclusión de los matrimonios; y por otro lado,

se produce el hecho esencial que esa sociedad, antaño relativamente cerrada sobre sí misma, se ha abierto de forma clara hacia el exterior. Esto último provoca, a la vez, que los primogénitos, atados a un patrimonio que no pueden abandonar sin deshonor, tienen ahora más dificultades para casarse (sobre todo cuando se trata de pequeños hacendados) que sus hermanos menores que han abandonado la tierra y se han marchado a la ciudad o a las aglomeraciones próximas. Pero puntualiza Bourdieu, el éxodo es, esencialmente, algo femenino, porque las mujeres están ahora mucho mejor pertrechadas que antes para enfrentarse a la vida urbana y siempre aspiran, y cada vez más, a alejarse de la servidumbre de la vida campesina.

Sin embargo, Bourdieu sostiene que, pese a que se ha llevado a cabo una auténtica reestructuración, el principio fundamental que domina la lógica de los intercambios matrimoniales se ha conservado, porque ese principio (la oposición entre los matrimonios de abajo arriba y los matrimonios de arriba abajo) está estrechamente ligado a los valores fundamentales del sistema cultural. De modo que por mucho que la igualdad sea absoluta entre los hombres y las mujeres en lo referente a la herencia, todo el sistema cultural sigue dominado por la primacía conferida a los hombres y a los valores masculinos (p.72).

Al mismo tiempo, al observar otros datos, como la existencia de un índice de solteros elevado, incluso entre los herederos indica, puntualiza Bourdieu, que el sistema antiguo ha conservado suficiente vigencia para imponer la observancia de los principios fundamentales, pero no para propiciar de forma efectiva aquello que esos principios pretendían garantizar: “En efecto, la lógica del sistema tendía a hacer que, que por una parte, el patrimonio no pudiera ser, alineado, parcelado o abandonado y que, por otra parte, el linaje se perpetuara; con este fin casaban siempre al heredero o a la heredera, quienes cuando no tenían hijos, cedían sus derechos a un segundón. Sí de éstas dos funciones, la primera se cumple -más eficazmente, tal vez, que nunca, porque la marcha de los segundones y las mujeres aleja la amenaza del reparto y deja la tierra al primogénito o a quién ocupa su lugar- el celibato del primogénito anticipa el final del linaje” (p.75).

A juicio de Bourdieu, la transformación de los intercambios matrimoniales no puede ser considerada como mera modificación cuantitativa de la distribución de los distintos tipos de matrimonios, sino una verdadera reestructuración de un sistema de comportamiento que es sustituido por un sistema nuevo, basado en la oposición entre el aldeano y el campesino de los caseríos, y no ya, como antaño, en las oposiciones entre el primogénito y los segundones y entre el grande y el pequeño hacendado (o el no hacendado) (p. 76).



La Segunda Parte está referida a “Las estrategias matrimoniales en el sistema de estrategias de reproducción”. Aquí se aprecia marcadamente su ruptura con el paradigma estructuralista mediante el paso de la regla a la estrategia, de la estructura al habitus y del sistema al agente socializado, animado o influido a su vez por la estructura de las relaciones sociales de las que es fruto (p14).

Bourdieu estudia las estrategias matrimoniales de las familias partiendo del hecho de que cada matrimonio le plantea a la familia un problema que debe resolver conservando la continuidad del linaje y la preservación del patrimonio material y simbólico expresado en la propiedad de la tierra. El matrimonio es entendido como una estrategia de reproducción de las jerarquías sociales que tienen sentido en un sistema de estrategias engendradas por el habitus y orientadas hacia la maximación del beneficio material y simbólico.

El matrimonio de cada hijo es presentado como una jugada en una partida de cartas cuyo valor depende de la calidad de las cartas recibidas y de la manera de utilizarlas. Las estrategias no serían el producto de una obediencia a una norma explícitamente establecida sino resultado de una evaluación de la posición relativa de los grupos considerados para lo que hay que tener en cuenta la posición relativa de la familia en la comunidad o localidad, la historia de los matrimonios pasados, el balance de estas transacciones en el momento del matrimonio actual, etc. Cada intercambio matrimonial debe entenderse como un momento dentro de una serie de intercambios materiales y simbólicos que dependen del capital económico y simbólico que una familia puede invertir en el matrimonio de cada uno de sus hijos, según el rango que ocupa este intercambio y del balance de intercambios pasados.

La tercera Parte (“Prohibida la reproducción, la dimensión simbólica de la dominación económica”), está compuesta de cuatro capítulos breves. Escritos muy posteriormente a la investigación que hemos reseñado, constituyen un trabajo de reflexión sobre el problema del celibato

Es un gran esfuerzo que procura determinar, después de un largo lapso de tiempo, lo que sigue vigente. Y a la vez, en cierta medida, un balance sobre lo que al autor le habría gustado corregir o añadir a esa investigación.

En este sentido, en “Adelante et Corrigenda”, considera, en primer término, que su análisis primero no dio cuenta de la lógica práctica de las estrategias a través de las cuales los agentes trataban de sacar el mayor partido posible de sus “triumfos” específicos (tamaño de la hacienda, orden de nacimiento, etc.) (p. 215). Luego, estima que una buena ocasión para observar, en los pormenores concretos de la

investigación, la ruptura con la visión estructuralista que fue necesario llevar a cabo, particularmente en los procesos de interrogación y de observación y en el lenguaje empleado, para estar en disposición de elaborar una teoría adecuada de la práctica y de comprender las “elecciones” matrimoniales de los agentes en tanto que fruto de las estrategias, sensatas, pero no deseadas, de un habitus-objetivamente ajustado a las estructuras (p.216).

En el capítulo siguiente (“Del mundo cerrado al universo infinito”), Bourdieu se refiere al conjunto de procesos que, en el orden económico, pero también y sobre todo, en el simbólico, han corrido paralelos con la apertura objetiva y subjetiva de mundo campesino, neutralizando progresivamente la eficacia de los factores que tendían a afianzar la autonomía relativa de ese mundo y a posibilitar una forma particular de resistencia a los valores centrales, o sea, entre otros, la escasa dependencia respecto al mercado, sobre todo, en materia de consumo, y el aislamiento geográfico, acentuado por la precariedad de los medios de transporte, que tendería a reducir el ámbito de los desplazamientos y a propiciar el confinamiento en un mundo social de base local e imponía a la vez la interdependencia y el interconocimiento más allá de las diferencias económicas o culturales (p.221). Todo esto va cambiando paulatinamente dando paso a una dependencia profunda y reforzada de la dominación de la economía de mercado sobre la pequeña agricultura.

En el capítulo que sigue, “La unificación del mercado matrimonial”, Bourdieu examina como se manifiesta la nueva lógica del mercado matrimonial como efecto de la unificación de los mercados económico y simbólico, tiene a transformar el sistema de referencia respecto al cual lo campesinos sitúan su posición dentro de la estructura social.

Por último, el libro que se reseña finaliza con un “Post – Scriptum: una clase objeto”, en donde describe el mundo social, como entramada de luchas, en que se desenvuelve el campesino. Un mundo social donde las luchas, individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, los agentes procuran imponer la representación del mundo social más conforme con sus intereses. Se trata, por supuesto – dice Bourdieu-, de unas luchas muy desiguales, ya que los agentes tienen un dominio muy variable de las instrumentos de producción de la representación del mundo social, y también porque los instrumentos que tienen a su disposición inmediata, listos para su empleo, y en particular el lenguaje corriente, son, por la filosofía social que transportan en estado implícito, muy desigualmente favorables para sus intereses según la posición que ocupan en la estructura social (p.250).



A juicio de este autor, de todos los grupos dominados, la clase campesina es el ejemplo más claro de la clase objeto, obligada a formar su propia subjetividad a partir de su objetivación, porque nunca se ha dotado, o porque nunca la han dotado, del contradiscurso capaz de constituirla en sujeto de su propia verdad (p.255).

Esta obra póstuma de P. Bourdieu provoca, como la mayoría de sus trabajos, una continua sorpresa, porque su capacidad analítica le permite detectar en un dato, por simple que sea, aspectos que el ojo corriente, e incluso especializado, no aprecia. Su empleo combinado creativamente de diversas técnicas, que muchas veces para otros son opuestas, le permite alcanzar aspectos fascinantes de la realidad social.

Hernán Villablanca Zurita, Dr. Sci.

